

siendo o sin personalidad criada, y sin dejar de ser Dios verdadero el resultado es la suma honra, la gloria inconcebible de la maternidad divina en María, es decir, que María es verdaderamente Madre de Dios, porque el ser concebido y engendrado se atribuye á la persona, y á ella se termina. Habiendo, pues, en Cristo una sola persona, y esta divina, á la cual fué asumida, elevada, unida la naturaleza humana en el primer instante de su concepcion en el vientre de la Virgen, no cabe duda en que la bienaventurada Virgen María verdaderamente concibió y engendró á la *Persona divina en humana naturaleza*. De donde es que en el concilio de Efeso, en el calcedonense y en otros, se haya decidido de fé que la Santísima Virgen verdadera y propiamente puede y debe ser llamada *Madre de Dios*.

Y siendo esto así, ¿nos admiraremos de que el ángel la aclame *bendita entre todas las mugeres*, cuando concibe en sus entrañas y se hace verdadera Madre de aquel en quien fueron benditas todas las generaciones, como prometió y anunció el Señor al Padre de los creyentes? ¿Cuando sola ella entre todas las mugeres que ha habido, hay y habrá, recibe y comunica el fruto de bendicion? ¿Y dejaremos de conocer que, como decíamos al principio, es bendita para gloria de Dios, bien nuestro y confusion del demonio, que en la destruccion de su imperio y su poder recibe el golpe mortal que le estaba predicho? Confesemos que es así, y bendigamos al Eterno, obrador de tantas maravillas y dador de bienes tan inestimables.



DIA CUATRO.

San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.

El admirable y santísimo patriarca Francisco, fué natural de la ciudad de Asís en la provincia de Umbría, y tuvo por padres á Pedro Bernardon y á Pica. Vió la luz del mundo el año de 1182, y nació á semejanza de nuestro Salvador, en un humilde establo. Pusósele en el bautismo Juan, aunque despues en su juventud se le varió el nombre en el de Francisco, por la facilidad con que aprendió el idioma frances. Su padre, que era comerciante, no puso el mayor cuidado en su educacion mientras fué niño, y luego

que tomó alguna tintura de las primeras letras, lo aplicó á que le ayudase en el comercio.

No es extraño que Francisco dedicado á esta ocupacion, que por lo comun inclina á la vanidad y disipacion, solo tratase de divertirse en los ratos ociosos con los demas jóvenes de su edad, y que dotado de un entendimiento claro, de un genio amable y de un natural suave y cortés, no tuviera una conducta muy ejemplar en esa peligrosa época; sin embargo, jamas fué disoluto, antes tenia un especial horror á este vicio, y su pasion dominante únicamente era una tierna inclinacion á los pobres. No vió necesidad que no socorriese, y si hubo vez que ocupado en la venta de sus efectos negó la limosna á un mendigo, fué tanto su sentimiento, que inmediatamente partió á buscarlo y le dió cuanto dinero llevaba en el bolsillo, y ofreció á Dios no rehusar en adelante socorro al que se lo pidiese.

No era para la grande alma de Francisco un destino tan abatido como procurar adquirirse los bienes transitorios de este mundo; eran muy diferentes los intentos del Señor para con él; mas su disipacion no le permitia comprender estos misterios, hasta que varios sucesos vinieron á abrirle los ojos. Los vecinos de Asís tuvieron cierta diferencia con los de Perusa, en que llegaron ambos pueblos á las manos. Francisco tomó arduosamente las armas en defensa de sus paisanos, contra sus adversarios; pero aunque se manejó con el mayor valor en la faccion, quedó hecho prisionero, y como tal, detenido por un año en Perusa. Esta desgracia comenzó á disgustarlo del mundo; pero no lo convirtió. Luego que se vió libre, fué acometido de una larga y molesta enfermedad, que tampoco lo hizo mas devoto. Apenas convaleció de ella, apegado su corazon todavía á la vanidad, se mandó hacer un vestido galan y rico; pero como la caridad con los pobres no se habia enfriado en él, encontrando el mismo dia que lo estrenó á un hombre menesteroso, se lo cambió por los miserables harapos que lo cubrian. Premió Dios bien pronto aquel acto de misericordia, y á la siguiente noche le hizo ver en sueños un magnífico palacio lleno de cruces resplandecientes. Entendió Francisco, que la Providencia le significaba con esta vision, queria hacerlo un gran capitán, é inflamado en el amor á la gloria, partió á la Pulla á ofrecer su espada al conde de Briena, que se hallaba en campaña contra sus enemigos. Poco le duró la ilusion; pues otro misterioso sueño le hizo

comprender que el Señor lo llamaba á otra clase de guerra, en que venciendo primero á sí mismo, fuese adalid de una milicia mas noble y escogida; por lo que abandonando el campo, regresó á su patria, resuelto á cumplir en todo la voluntad de Dios.

Restituido, pues, á Asís, dedicóse allí á llorar sus culpas y á quebrantar su propia voluntad de cuantos modos le era posible; fervor que Dios principió muy pronto á pagar, con particulares gracias. Un dia se encontró con un pobre leproso que lo llenó de asco y horror; pero para vencer aquellos naturales impulsos, se precipitó del caballo en que iba, se acercó á él, lo abrazó y besó con ternura, y le entregó cuanto dinero llevaba; pero al volver á montar observó que el leproso habia desaparecido y no divisó por todo aquello una sola persona. Otra vez estando en oracion, deshaciéndose en lágrimas por sus culpas pasadas, se le apareció Cristo en la cruz como á punto de espirar, y le infundió tal compasion á los crueles tormentos que habia padecido por los hombres, que durante su vida no podia meditar ni hablar de ellos sin desatarse en un copioso llanto. Ni fué este el único fruto de esta vision. Apoderóse de Francisco tan ardentísimo deseo de padecer por su Señor, que no encontraba gusto sino en la compañía de los pobres y llagados.

Hizo un viage á Roma á visitar los sepulcros de los santos Apóstoles, y en aquella santa ciudad dió los mayores ejemplos de abatimiento y abnegacion propia: al salir de la iglesia encontró á la puerta una tropa de pobres que pedian limosna; repartió entre ellos cuanto tenia y hasta sus mismos vestidos; cubriose de sus inmundos harapos, y mezclándose con ellos, pasó en su compañía todo el dia. Siendo Francisco naturalmente aseado y presumido, es indelicible lo que le costó aquella victoria; pero ella extinguió en él esas desordenadas pasiones, y desde ese momento se le infundió tal amor á la pobreza y humildad, que éstas fueron en lo de adelante sus mas preciadas virtudes.

Pero en medio de tantos sacrificios, asociados á una suma austeridad, á una continua oracion y á una invencible paciencia, aun ignoraba Francisco el género de vida que debia adoptar, y los altos fines á que lo destinaba la Providencia. Vuelto á Asís, se hallaba orando en la iglesia de San Damian, que estaba en sus subruvios casi arruinándose, cuando oyó que un crucifijo le decía: *Vé, y reedifica mi iglesia.* El Santo entendió se le hablaba de aquel tem-

plo. Vuela á su casa y toma de ella varios efectos, cuyo precio entrega al capellan para que lo repare, pidiéndole lo admita en su compañía. El capellan, temeroso del arrebatado genio del padre de Francisco, rehusa el dinero, aunque conviene en recibir al dador en su habitacion. En efecto, á los pocos dias que Francisco se hallaba en ella entregado á la oracion y penitencia, se presenta Bernardon reclamando su hacienda, y temeroso Francisco de su cólera, huye y se esconde en una cueva en la que permanece por algun tiempo, hasta que avergonzado de su cobardía, sale de aquel retiro, y atropellando por todo, se presenta en las calles de Asís cubierto de harapos, mezclado con los mendigos y hecho el objeto de la burla del pueblo bajo y de la gritería de los muchachos.

Irritado Bernardon de ver así á su hijo, lo condujo á su casa á golpes y empellones, y lo encerró en un cuarto de su casa bajo la custodia de su muger, encargándole mucho que mientras hacia un viage que le precisaba, no lo dejase salir ni presentarse en público. Obedeció la buena señora; pero mirando la constancia de Francisco, lo puso en libertad, la que aprovechando nuestro Santo, corrió á su amada iglesia de San Damian, donde fué nuevamente acogido por el virtuoso capellan. Habiendo regresado su padre á Asís, noticioso de lo que habia pasado durante su ausencia, partió derecho á San Damian; pero Francisco, lleno de valor, le salió al encuentro protestándole no abandonaria aquel lugar, ni el servicio de Dios, á quien habia escogido por su amo y señor. Ciego de cólera Bernardon le manda imperiosamente que si tal era su decision, renunciase al momento su herencia delante del obispo. Francisco sumamente alegre de ver á qué poco precio adquiria el grande honor de consagrarse con toda libertad á servir á Dios, no titubea; parte al punto con su padre al palacio del obispo, y desnudándose en su presencia de todos sus vestidos, renuncia todos sus derechos patrimoniales, y exclama fervorosamente: *Ahora si podré ya decir con mas confianza: Padre nuestro que estás en los cielos.* Enternecido el prelado de aquel heroico desprendimiento, lo abrazó tiernamente, lo proveyó de una humilde túnica, y echándole su bendicion, lo mandó otra vez á su ermita.

Era Francisco á la sazón de veinte y cinco años, cuando rotas las cadenas de la carne y sangre, partia á la soledad á entregarse todo á su Dios: iba cantando en el camino lleno de gozo en la lengua francesa, cuando lo hallaron unos ladrones que apaleándolo cruel-

mente lo arrojaron en un barranco lleno de nieve; pero el Señor, por cuyo amor padecía, le desquitó con tantas ventajas aquellos malos tratamientos, que como el Santo confesaba despues, este suceso fué una de las buenas fortunas que habia tenido en su vida. Fué despues á Gubio y se puso á servir en el hospital de los leprosos, y notando que volvía á reproducirse en su corazon el horror y asco á tan asqueroso mal, se arrojó valerosamente sobre el enfermo que le causaba mas repugnancia, abrazóle y besólo con amor, recompensando Dios aquella heroicidad con dar salud milagrosamente al enfermo.

Empleó nuestro Santo algun tiempo en estos caritativos y humildantes ejercicios; pero acordándose que Jesucristo le habia ordenado reparase la iglesia de San Damian, volvió á su patria, y con su trabajo personal, su constante aplicacion y las limosnas que para este fin colectó, bien pronto quedó reedificada. Este feliz suceso lo animó á emprender tambien la reedificacion de otro templo dedicado á San Pedro, y se salió con ello; y mirando la proteccion divina en estas obras, resolvió igualmente reparar otra arruinada iglesia perteneciente á los monges benedictinos, consagrada á la Santísima Virgen, con el título de Santa María de los Angeles, como lo consiguió á expensas de sus tareas y de la piedad de los fieles.

La tierna devocion que Francisco profesaba á María lo movió á elegir este último templo para su morada, y al efecto fabricó una pequeña habitacion para vivir retirado del bullicio del siglo. Este es el célebre convento de la *Porciúncula*, donde el Señor reveló á este gran patriarca la admirable regla que debia llevar á tantos á la bienaventuranza, y renovar en el mundo la vida apostólica. Esta es la cuna de la sagrada Orden de los Menores, tan ilustre en la Iglesia de Dios, y que se ha conservado con edificacion y bien del universo durante siete siglos; religion esclarecida que ha llevado la luz del Evangelio á mil naciones gentiles, y entre otras á la nuestra; que ha predicado con el mayor fruto en los paises católicos; que ha producido innumerables doctores, mártires y santos de primer orden, que han servido al régimen de la Iglesia, dándole cinco sumos pontífices é incontables cardenales, arzobispos y obispos; que ha formado, en fin, millares de varones utilísimos aun para los progresos temporales de la sociedad humana.

En la *Porciúncula*, como decimos, fué donde Francisco, poniendo en práctica los consejos evangélicos, despreciando los bienes ter-

renos, desnudo y descalzo, sin alforjas ni báculo, con una sola túnica y ceñido de una grosera cuerda, habiendo admitido en su compañía á Bernardo de Quintaval, Pedro de Catania y al beato fray Gil, principió á reparar no el material edificio, sino el espíritu resfriado de la Iglesia de Dios. De aquel dichoso lugar salió á predicar con sus socios, penitencia á los pueblos, y es imposible contar las innumerables conversiones que alcanzó con unos sermones tan valorizados con la gracia divina y el edificante ejemplo de su santa vida. Pronto se le agregaron otros compañeros, con los que llegó á reunir el número de doce, y presentándose al obispo de Asís, y tomada su bendicion, distribuyólos por varios lugares para que como el primer apostolado, cuyo celo iban á imitar, anunciaran á los hombres el reino de Dios.

Estos nuevos apóstoles, á quienes se dió el nombre de *los penitentes de Asís*, se adquirieron al punto que comenzaron su mision, una gran reverencia de todo el pueblo católico, que los miraba como varones de extraordinaria virtud, enviados por Dios para reformar las costumbres y hacer cambiar la faz del cristianismo, tanto con la eficacia de sus palabras, como con sus asombrosos ejemplos de santidad. Su número crecia cada dia, é irritado el infierno de los triunfos que reportaban del pecado y del error, les suscitó mil crudas contradicciones por parte de los hereges y malos cristianos, oposicion, que como siempre se verifica en las obras del Señor, solo sirvió para aumentar aquella pequeña planta mas y mas.

Viendo Francisco que crecia ya tanto el número de sus hijos, escribió la regla de su instituto, que estriba sobre los dos polos de una rigidísima penitencia y una tan estrecha pobreza, que no permite mas rentas á su comunidad que la Providencia divina y la caridad de los fieles, y la llevó al obispo de Asís para que la aprobase, mientras la presentaba á la silla apostólica. El obispo se resistia al punto de la total carencia de rentas; pero al fin cedió al dictámen de nuestro Santo, quien con aquella aprobacion partió á Roma á solicitar su confirmacion de Inocencio III, que ocupaba entónces el trono pontificio. No fué Francisco bien recibido del papa, que se hallaba tan fuertemente prevenido en su contra, que no quiso ni verlo, ni que se le hablase en el particular, tratando de iluso al nuevo patriarca. No se desanimó este por aquella repulsa: ocurrió á la oracion, y el Señor en la misma noche con dos misteriosos sueños hizo ver al papa cuánto se deleitaba en aquella reciente familia. Vió

primero el pontífice que á sus piés nacia una pequeña planta que en un momento creció hasta convertirse en un frondosísimo y corpulento árbol; y despues, que arruinándose la iglesia de San Juan de Letran, aquel pobre á quien habia despreciado la sostenia sobre sus robustas espaldas. Al otro dia hizo venir á su presencia á Francisco; reconoció bajo su humilde sencillez la sublime santidad de su alma; animólo á llevar adelante su empresa; lo ordenó de diácono, y confirmando su regla lo declaró ministro general de su Orden.

Colmado Francisco de tantos favores, salió de Roma con sus doce compañeros, y al pasar por Spoleto determinaron todos quedarse en aquella soledad; pero el Señor le dió á entender no lo habia escogido para que siguiese una vida en que solamente buscarse su propia salvacion; sino que su Orden habia de solitar tambien la de las almas redimidas con su sangre. Ilustrado con estas luces nuestro Santo, regresó á la Poreiúncula, construyó allí algunas humildes celdillas, y muy pronto fué tanto el número de pretendientes, que se hizo un gran convento, de donde sucesivamente salieron fundaciones á Cortona, Arezzo, Pisa, Bolonia, Florencia y otras muchas ciudades, de suerte que en tres años llegaron á contarse mas de sesenta monasterios. No fué poco milagro de Francisco esta propagacion tan pronta de su Orden; pero incomparablemente era mayor maravilla su prodigiosa vida.

La mortificacion de su cuerpo no ha tenido semejante. Su ayuno era continuo y sin la menor rebaja: casi nunca comia cosa cocida, y si en algo encontraba gusto, lo mezclaba con ceniza: su cama era la dura tierra y una piedra le servia de almohada: su vestido en todo tiempo una sola túnica, y jamas se acercaba al fuego aun en los mas crueles frios: sus disciplinas y cilicios eran espantosos y continuos: nunca, en fin, concedió á su cuerpo, al que llamaba jumento, el mas ligero desahogo, y siempre tuvo á sus sentidos en perpetua mortificacion. Todo el dia lo empleaba ya en predicar, ya en servir á los enfermos, y ya en otros ejercicios de misericordia y abatimiento, y las noches las pasaba en oracion ante Jesucristo Sacramentado, donde eran tan continuos los éxtasis, tales las ilustraciones y tan encendidos los actos de amor, que justamente se ha llamado *Serafin humano*, renombre que ha adquirido á su religion el título de Seráfica.

Pero la virtud que mas campeó en el santo patriarca, fué aquella

profundísima humildad, que ha venido á ser el signo mas distinguido de su carácter. Entre tantos favores divinos, en medio de una vida tan incomprensible, y poseyendo los mas exquisitos dones celestiales, no solo se tenia y reputaba de corazon por el mayor pecador del mundo, sino que penetrado íntimamente de su nada, se juzgaba mas despreciable que el mas vil gusano de la tierra. Jamas pudo resolverse á ordenarse de sacerdote, creyéndose indigno de tan elevada dignidad, y trasmitiendo su humildísimo espíritu á todas sus cosas, no quiso que su Orden fuese conocida con otro título que la de los Frayles menores. No tenia, últimamente, Francisco otro empeño ni afan que humillarse en todo y ponerse á los piés de todos. Pero Dios, que se complace en levantar á los humildes, hizo grande á su fiel siervo ante los ojos de todos. Su eminente santidad era venerada de los grandes, no ménos que del pueblo. Jamas se dejó ver en el púlpito sin mover á lágrimas á todo el auditorio: las conversiones que se seguian de sus pláticas eran asombrosas, y no menos estupendos los milagros que el Señor obraba por su medio.

No contento Francisco con haber fundado la religion de los Menores para tanta utilidad de la Iglesia y bien del mundo, arregló su instituto para las mugeres, dió regla á las Clarisas, muy conforme á su penitente y humilde espíritu, y llevando sus miras adelante estableció una tercera Orden, para hacer cuanto fuese posible religiosas á las personas que habitaban en el siglo, y aun á las que se hallaban ligadas con el santo matrimonio. No ha sido inferior el fruto que resultó al catolicismo de estas otras dos fundaciones que de la primera: ambas han producido multitud de santos de todo sexo, estado y condicion, y el mundo entero admira hasta el dia y se edifica con los ejemplos de todas ellas, especialmente esa *Tercera Orden*, á quien trata mas de cerca y con mayor intimidad.

El zelo de nuestro patriarca á nada decia basta. Establecida y dilatada ya su religion por toda la Italia, resolvió pasar á predicar el Evangelio á la Siria, y habiéndolo arrojado una tempestad á las costas de Esclavonia, y frustándosele ese viage, se dirigió á España á predicar á los moros, que entónces la dominaban, deseoso de verter su sangre por Cristo. Predicó en muchas ciudades de ese reino á los sarracenos, haciendo multitud de milagros; pero léjos de conseguir sus deseos, aquellos infieles lo veneraban como Santo, mirándolo como á un enviado de Dios. Volvióse de allí al monte de

Alvernia, donde se le habia fundado un nuevo convento; trasladóse despues á otra soledad situada en el valle de Fabiano, desde donde mandó á sus hijos á Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones, que competian en el empeño de ver á los nuevos Menores en sus paises y fundarles monasterios.

Muerto Inocencio III pasó á Roma nuestro Santo á solicitar la confirmacion de su Orden de su sucesor Honorio III, quien lo recibió con toda consideracion, concediéndole cuanto pedia y ademas otros muchos privilegios y gracias á su nueva religion. En este viaje fué donde Francisco conoció á la otra firme columna de la Iglesia, el gran patriarca Santo Domingo de Guzman, y allí tuvo principio la tierna amistad que se profesaron ambos todo el resto de su vida, y dejaron en herencia á sus dos sacratísimas familias. Por este mismo tiempo, que fué por el año de 1218, se celebró en el convento de nuestra Señora de los Angeles el famoso capítulo general, llamado *de las Esteras*, porque de ellasse formaron en el campo las celdillas de los vocales; espectáculo que asombró y edificó al mundo, pues si el número de los que concurrieron á él pasó de cinco mil religiosos, su fervor era tan grande, que no costó poco trabajo al cardenal Hugolino, protector de la Orden y presidente del capítulo, moderar las penitencias de los que excedian en las prescritas por la regla.

Disuelta aquella santa reunion, tuvo noticia Francisco del glorioso martirio que cinco de sus hijos habian sufrido en Marruecos, á donde los habia mandado á predicar el Evangelio, y renovándosele con este motivo sus antiguos deseos, partió para Siria con otros religiosos; presentóse al sultan, y con la mayor intrepidez le anunció la ley de Cristo. Quedó asombrado el soberano de tal valor; y reconociendo en nuestro Santo la santidad y virtudes que todos admiraban en su persona, le tributó sus respetos, le hizo mil dones que Francisco rehusó con generosidad, pidióle humildemente rogase á Dios le abriera los ojos del entendimiento, y lo despidió con toda reverencia y amor. Viendo el Seráfico Padre que se le cerraba así el camino para el martirio, abandonó á Damietta; pero el Señor adoptó su sacrificio; y acaso el premio de tan heroica accion es haber confiado á sus hijos por tantos siglos el depósito de los lugares sagrados de Jerusalem, en que se obraron los misterios de nuestra redencion, que reyes muy poderosos no han podido conservar, y cuatro frailes desnudos han mantenido con lustre y esplendor á costa de su sangre y de sus vidas.

Retirado Francisco á su amada soledad de Alvernia, y exonerado á fuerza de sus instancias y súplicas del cargo de general, se entregó en ese dichoso lugar á la oracion y penitencia, mereciendo que en aquel monte le impiere el Señor las cinco llagas, con que acabó de asemejarlo á su sacratísima humanidad. Tan señalado favor de tal suerte inflamó su corazon en el amor divino, que desde esa época nuestro Santo parecia no vivir ya en el mundo y haber sido trasformado en un serafin: crecieron al mas elevado grado su humildad, su caridad y continua union con Dios: ocultaba cuanto podía tantos dones celestiales; pero su encendido semblante, sus perpetuas lágrimas, sus ardientes suspiros, y la sangre que vertian sus llagas hacian traicion á su profunda humildad, y lo daban á conocer á cuantos lo veian y trataban, como á un patriarca Seráfico, título con que desde entónces hasta el presente es caracterizado.

Una vida tan sobrehumana no podia dejar de destruir la salud y fuerzas de Francisco, quien solo vivió casi de milagro despues de la impresion de las llagas, como cerca de tres años, atacado siempre de enfermedades continuas y sufriendo agudísimos dolores: pero queriendo el Señor premiar ya sus méritos, le reveló el dia feliz de su muerte y el término de tan rudos padecimientos. Hallábase el Santo en el convento de Fuen-Colomba, y dispuso lo trasladasen á su amada casa de la Porciúncula, para cuya iglesia habia alcanzado de Dios el famoso jubileo, que es tan conocido. Llegado á ese dichoso monasterio y puesto en una humilde celdilla, reconociendo se acercaba ya su tránsito, se tendió en el suelo y quitándose la túnica se resolvió á exhalar el último suspiro en la desnudez y abandono en que habia muerto Jesucristo; pero viendo que el guardian le alargaba un hábito, y le mandaba lo recibiese como de limosna, y que sus hijos no querian abandonarlo en aquellos momentos, obedeció como verdadero humilde; cubrióse de nuevo, exhortó á sus hijos á la fiel observancia de su regla y al amor de la pobreza; bendíjolos amorosamente y haciéndose leer la pasion del Señor por San Juan, entre las mas tiernas y humildes jaculatorias entregó su grande alma al Criador, la que fué al punto colocada en aquella silla de gloria que habia perdido Luzbel por su soberbia. Murió este santísimo patriarca el sábado 4 de Octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, veintinueve de su conversion y diez y nueve de la fundacion de su Orden.

La muerte de San Francisco fué universalmente sentida de to-